

El panteón clásico en la religiosidad moderna. (Religión y poder)

MANUEL AGUD

(UPV, San Sebastián)

Parecerá demasiada generalización lo aquí tratado, sin embargo lo creemos de vigencia permanente en los dos sentidos del enfoque que se pretende. Que si Agamenón se servía de Kalkas para luego revolverse contra él al no seguir los hechos su conveniencia (recuérdese en *Iliada* II, 106 ss. su «adivino de males...», al verse obligado a devolver a Criseida); si Edipo procedía del mismo modo con Tiresias al revelarle éste cuanto no era de su agrado (Sófocles, *ER* 326 ss.) o Kreonte con el mismo adivino (*Id. Ant.* 1055 ss.); si Recaredo se convertía de forma espectacular al Catolicismo con toda su Corte, exactamente igual que Clodoveo en Francia o Vladimiro, Príncipe de Kiev, con sus súbditos rusos; o en época moderna, si se repiten los hechos, y en diversos países vemos cómo los poderes temporales, sobre todo de tipo autoritario, se han valido primero de los estamentos religiosos, para volverles luego la espalda o mostrarse abiertamente hostiles a ellos tan pronto como no se prestan a secundarles en todos sus designios con la bendición correspondiente (caso de Hitler con la Iglesia austriaca); aun cuando esto fue señalado una y otra vez, no es menos cierto que el hecho es debido a la todavía intensa y extensa sacralización popular, en la cual lo religioso ha solido manifestarse con más fuerza y fanatismo, cosa que ha favorecido con excesiva frecuencia al poder en sus deseos (enmascarados) de imponer unos módulos políticos, a pesar de que los hombres de ese poder jamás han creído demasiado en lo que pretenden enarbolar como estandarte aglutinador para el dominio de unos pueblos que, a pesar de todo, aún están sumidos en la superstición pagana, por más que hayan ido adquiriendo un ligero barniz de religiosidad pura y trascendente.

Y si el mundo clásico persiste con todo su esplendor en el total desarrollo de la Civilización, incluso técnica, donde más fuerte ha sido su persistencia creemos que es en los conceptos religiosos y rituales.

No quisiera uno caer en erudición, sino observar solamente los hechos, a fin de que «los árboles no nos impidan ver el bosque».

Si el pasado es explicable, en buena parte, por el presente, y éste puede llegar a la captación de estadios primitivos de cultura, inversamente, el presente es en cierta manera comprensible por el pasado.

El tema religioso ha tentado más acaso por haber sido proscrito durante mucho tiempo de nuestros medios críticos, con un «tabuismo» que juzgamos continuación aproximada de la religiosidad precristiana.

Una lectura esquemática de las Escrituras, prescindiendo de cuestiones que se explican por el condicionamiento de la sociedad en que nacieron, nos permite comprobar en amplísimas capas de la vida religiosa actual, la pervivencia de conceptos correspondientes más bien a la mitología greco-romana.

Y no son sólo esporádicas pervivencias del tipo del fuego de Vesta y su conservación, p. ej., en el Arco de la Estrella en París, en la Tumba del Soldado Desconocido; o en llamar *sacrificio* a la muerte de una res, como trasunto de la *suovetaurilia*.

Uno se siente tentado a declarar que Cristianismo auténtico, desprovisto de hojarasca mitológica conceptual y ritual ha existido propiamente, no en masas, sino en personas y grupos limitados, y aun éstos sometidos a los prejuicios del mundo que les circundaba. Si observamos éste en una visión general que dé la tónica del ambiente no parece arriesgado afirmar que veinte siglos de religiosidad cristiana han logrado eliminar fundamentalmente algunas formas de esclavitud, a veces, incluso, sustituidas por otras.

Hemos visto inventar una Batalla de Clavijo para presentar a un apóstol como Santiago (que fue siempre peregrino y no «eques») metido a beligerante entre «infieles» y «fieles» (¿Y quiénes eran unos y quiénes otros?). No está lejos la comparación de Santiago y su brillante caballo blanco tradicional, con Agamenón en *Iliada* II, 482 ss. («Tal puso Zeus al Atrida aquel día, destacado entre la multitud y sobresaliente entre los héroes»).

¿Y qué decir de Juana de Arco guerreando, frente al precepto «No matar» (o de sus jueces en el proceso)? ¿Qué otra cosa hace Ares en el libro V de la *Iliada*? ¿Cuál es la actitud de los dioses ante los muros de Troya? ¿Y de los diversos santos entre los ejércitos modernos?

¿Qué es la «ira de Dios» sino Zeus o Júpiter redivivo?

Propiciar a los dioses para vencer al enemigo. ¿Existe alguna diferencia con la bendición de los contendientes, todavía hoy, antes del combate?

Las invocaciones de David («pon a mi enemigo por escabel de mis pies») ¿no persisten como reflejo de lo que no sólo era sentir del Antiguo Testamento, sino hecho general?

¿Quién dirige los ejércitos cruzados, Cristo o Ares como hijo de Zeus?

Y cuando se habla aún entre algunos de cruzadas ¿cuál es el sentir y proceder de los «cruzados» del siglo XX? ¿Qué concepto tienen del enemigo?

«Morir por Dios y por la Patria» ¿No es un trasunto de las palabras de Príamo en *Iliada* XXII, 71: «es hermoso yacer destrozado por el bronce cuando se es joven»?

¿Hay mucha diferencia entre las preces de quien solicita una merced con el sacrificio de unas palomas, y quien promete una limosna o una vela a un santo para conseguir algún don?

Quienes dan por finiquitada la cultura clásica en lo que tiene de información del pensamiento actual, quienes consideran sin vigencia sus principios, quienes pretenden ahogarla en la masificación sin pensamiento ¿se han parado a pensar que viven aquel mundo en lo que tiene de más detestable y a lo que se aferran como si fuera la Religión de Cristo, cuando se trata del Olimpo con unos dioses tiránicos, arbitrarios y crueles, más cerca, por tanto, de Homero que de los misterios órficos?

Frente a la conservación de los elementos de la religiosidad olímpica, quieren algunos prescindir de lo verdaderamente persistente, que es todo el complejo cultural literario, artístico, filosófico, político, etc., el cual trata de liberarse de unas servi-

dumbres pseudo-religiosas que ya a las personas cultas de entonces nada les decían. Desde Jenófanes a Luciano, pasando por Eurípides, el escepticismo ante los dioses olímpicos es claro. Considérese la significación de Sócrates con su nuevo concepto de la divinidad.

No deja de ser triste que en un país mediterráneo como España, amamantado en las ubres de Grecia y Roma, se pretenda suprimir lo que ha hecho posible nuestra cultura laica, y que precisamente sus debeladores, en su comportamiento, no se apartan un ápice de las concepciones religiosas paganas, o greco-latinas, para ser más exactos. Es que un dios con una justicia a la medida humana es apropiado para satisfacer apetencias, rencores y odios, si, a la vez, está enmascarado con un ritual esplendoroso, que en realidad viene a resultar la única religión para el común, una exteriorización sin auténtico contenido.

Desde nuestra imagería hasta nuestros terrores ante la divinidad somos subsidiarios del mundo antiguo, como es bien sabido. Han surgido de vez en cuando recrudescimientos «olímpicos», p.ej. el Jansenismo, pero hasta en los más cristianos pervive la «venganza de los dioses», aun cuando el fariseísmo inconsciente le haya dado el nombre de «justicia divina». Hemos confundido el Dios justo con el dios vengativo de la Mitología y del Antiguo Testamento incluso, que en muchas de sus partes no es precisamente un libro de amor al enemigo y a los hombres que no sean de su raza, pues respira sangre en muchas de sus páginas.

El máximo monumento de la mitología greco-romana acaso no sea arriesgado decir que es una obra cristiana, *La Divina Comedia*. Parecerá escándalo, pero ¿qué hizo el Dante sino valerse de un «dios justiciero» para meter en el Infierno a todos sus enemigos? ¿Y de qué se ha alimentado nuestra civilización occidental, en el aspecto religioso, desde la Baja Edad Media?

Y pudiera pensarse que España, por su contacto con los musulmanes, tiene más desarrollado el concepto mitológico de la lucha a muerte por el Paraíso, por aquello de que Santiago es el Anti-Mahoma; pero al recordar el año 1096 en Francia, con *Pedro de Amiens* y la vandálica marcha de sus huestes a través de Europa, o la lucha salvaje y de exterminio contra los cátaros o albigenses, o la quema de brujas en Alemania, se ve que el fenómeno es más general.

El Cristianismo tenía que romper unas barreras de sacralización muy fuertes, y aunque para ello acudió al expediente de «bautizar» imágenes y fiestas paganas, éstas dejaron su impronta, y como el espíritu humano es muy poco modificable, pues su evolución requiere acaso cientos de miles o millones de años, lo antiguo, lo ancestral, lo que estaba en la médula del alma, nacido de los terrores del hombre ante la Naturaleza, se convirtió en los terrores del hombre ante quien fue presentado como Padre de dicha Naturaleza. Cambian los nombres, cambian los rostros de las imágenes (muy poco), pero quedó vigente aquello que satisfacía más las ambiciones y deseos de poder del individuo. El factor egoísmo continuaría condicionando al hombre occidental, hijo de la cultura greco-latina, y encontraría siempre algo noble con que encubrir sus apetitos. La nueva religión pedía demasiado, mas, al ser en principio religión de esclavos, era buen elemento para el dominio de éstos, y por ello el poder se sirvió de esa nueva religión, que pasó a ser religión de los poderosos. Además, con argucias pseudo-teológicas, convertía al dominador en hijo de Dios, concepto antiguo, real aún en muchas mentes, y que enlaza perfectamente el pasado oscuro con la religión presente. Como ejemplo todavía próximo y en pleno liberalismo, en las monedas de Isabel II campea la leyenda «Reina de España por la Gracia de Dios y de

la Constitución». Y no hace tantos años la hemos visto en el Jefe del anterior Régimen: «Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios». Estamos en el mundo de los reyes míticos; todos son *διο-γενής, Διὸς υἱός*, o simplemente *δῖος, diuus*.

Las castas de poder vieron la posibilidad de continuar con esta vinculación a la divinidad por medio de esta unción de la gracia como sucedáneo de la vinculación al epónimo, hijo de un dios o diosa.

Y si Alejandro se quiso llamar hijo de Amón para, con un golpe de efecto, dominar Egipto apoyándose en la sacralización de la masa supersticiosa, no de otra manera procedieron nuestros reyes medievales, llámense Recaredo, Clodoveo, Enrique de Alemania o de Francia, o Wladimiro de Rusia. La inercia de la rutina eliminaba la actitud crítica.

El Infierno sustituye a la Estigia y al Tártaro; un terror suplanta a otro, y como una música de fondo adormecedora de infortunios y justificadora de todo, un Cristo anti-histórico, benévolo o airado, según conveniencia del dominador civil o eclesiástico, y cuando se habla de amor es para pedirle al desvalido resignación en su desgracia, ante un sacerdocio en cierta parte prolongación de la vieja mitología, que, además, por la integración en el Imperio Romano de las divinidades orientales, tal nuevo sacerdocio tendrá en los comienzos más influencia de lo egipcio que de lo romano. Frente a «los amados de los dioses mueren jóvenes», tenemos un trasunto en los que «mueren gloriosamente por Dios y por la Patria», pero el ambiente siempre es beligerante («dulce et decus pro patria mori»). Recuérdese asimismo el episodio de Príamo antes mencionado.

La persistencia del mundo greco-romano la hallamos aún, si bien más mitigada, en una parte de la religiosidad que nos corresponde vivir. Pugna entre la supervivencia de conceptos mitológicos y re-iniciación de una religiosidad que debiera haber continuado después de los Apóstoles y de los primitivos cristianos.

Aun cuando sólo fuera para liberarse de las concepciones antiguas, y casi nos atreveríamos a decir que de manera especial por eso, tiene valor el estudio de lo clásico.

Pero quizá precisamente por ello surgió una corriente que para sonrojo nuestro, es casi exclusiva de España, que trata de suprimir lo pasado para eliminar el término de comparación que nos hiciera ver la alteración efectuada sobre una religión trascendente, que lleva consigo la libertad de la propia conciencia (¡Dónde quedan el *Índice* y el Concilio de Trento con sus anatemas y prohibiciones!). Sin dicho término de comparación, lo actual, mejor dicho, lo anterior al año 1965, nos parecerá normal, siquiera sea por no haber pensado profundamente en lo absurdo de muchísimas mociones religiosas en vigor desde el momento en que el Cristianismo pasa de perseguido a instrumento de poder en manos de Constantino, tras el Edicto de Milán en el año 312.

La muerte de Prisciliano en el año 385 es la manifestación de un nuevo poder, que en realidad es el viejo con tintes de nueva religión, pero con vigencia de la mitología inmediatamente anterior. Han cambiado las víctimas; los procedimientos son semejantes. La nueva religión llegaba a un mundo cuya mentalidad no le era propicia. Cuanto, para justificar la extensión del Cristianismo, se ha dicho de la decadencia y corrupción de las costumbres del Bajo Imperio, de la falta de satisfacción ante unas divinidades que abandonaban en las fronteras de la muerte al hombre, a quien, si era uno de los desgraciados, no proporcionaban ningún consuelo en vida ni después de muerto, creemos que ha de ser puesto en cuestión. Acaso lo ocurrido es que el poder

no veía ya en la mitología los recursos «espirituales» suficientes para imponer su dominio, y una religión de resignados ante las calamidades, las cuales por dicha religión se convertían en «pruebas» para ganar la vida eterna, era sin duda la ideal, sobre todo si el adoctrinamiento se hacía por un sacerdocio vinculado a la obediencia de los poderes temporales, más que a la autoridad de un sucesor espiritual de Pedro con los claros preceptos evangélicos.

Las grandes conversiones, esas conversiones en masa, auténticos golpes políticos a los que nos hemos referido anteriormente, han traído el lastre de la religión greco-romana a las iglesias, lastre que todavía tiene demasiado poder en los medios subdesarrollados y en el hombre-masa, y aún en los que se titulan no creyentes, escépticos, agnósticos y cuantos, abandonada la religión, acuden a sucedáneos (oráculos, horóscopos, adivinos, etc.).

El temor a las desgracias que el pecado de la Humanidad puede atraerse contra sí misma de parte de la Divinidad aflora enseguida en las mentes populares (de los medios rurales, sobre todo), y una clase eclesiástica, mezcla de paternalismo y autoritarismo, que recordaba lo egipcio, continuaba casi inconscientemente, por mor de la vieja sacralización, metida en los cromosomas acaso, unas concepciones todavía ajenas al Cristianismo, que en cierta manera perviven en muchos medios.

Ante cualquier calamidad pública o cataclismo, incluso cambios políticos, hemos oído demasiadas veces su atribución al «castigo de Dios», y esto no sólo en gente sencilla con fuerte sacralización de tipo supersticioso; incluso en hechos aislados de «castigo» de alguien que ha injuriado a la Divinidad.

El episodio de Licurgo (en *Iliada* VI, 130 ss.) persiguiendo y azotando a las nodrizas de Dionisos, y la venganza de los dioses al dejarle ciego «el hijo de Cronos», nos recuerda un episodio ocurrido en nuestra última guerra. En un pequeño pueblo de la Provincia de Toledo, en la destrucción de imágenes de la iglesia, una mujer exaltada mutiló la de la virgen arrancándole los ojos y cortándole las manos. Cierta día, manipulando una granada ésta le estalló dejándola ciega y manca. Para aquellas gentes era, naturalmente, castigo de Dios.

Recuérdese también el episodio de Penteo en *Las Bacantes* sufriendo la venganza de Dionisos al oponerse aquél a la introducción de su culto en Tebas.

Las venganzas de tal naturaleza las tenemos en la Historia con profusión agobiante. Esto ha infundido una especie de terror, alimentado por los interesados en mantener una preminencia y no un servicio de amor al prójimo. Para ello, el concepto de Infierno, que, según lo dicho, se extiende por toda Europa, al parecer desde el Dante (aunque se halle ya en la escatología musulmana, de donde la tomó el florentino) será enarbolado una y otra vez manteniéndose la superstición y el temor popular contagiado hasta las élites por el poder subconsciente de la masificación, y también por la falta de conocimientos religiosos transcendentales (base naturalmente del Cristianismo) en las propias élites. No olvidemos el fácil recurso al Infierno en cierta ascética, cuyos beneficios no negamos, pero tampoco las distorsiones operadas en las conciencias de tantos que cayeron en sentimiento religioso anacrónico, pero perfectamente identificable con el pasado greco-romano.

Ya no se trata de unas ceremonias y actos, como son las procesiones, las romerías, etc., que al fin resultarían una especie de folklore con cambio de significado en los significantes, sino que afecta a la concepción de la vida religiosa total.

En cuanto a Roma, todavía continúa siendo la Capital del Imperio, en cierto sentido; la ciudad pagana con toda su grandeza, pero igualmente con sus servidumbres a un pasado cuya mitología pervive en la médula de las gentes, a pesar suyo.

Y las concepciones pseudo-religiosas continuarán siendo explotadas por un tradicionalismo de religión discutible y un poder que levanta la cabeza siempre que le interesa dominar a ciertos sectores sociales; pero ese poder tampoco tendrá empacho en manifestarse tal cual es, arreligioso y pagano, si lo considera necesario para sus fines.

No creemos preciso esforzarse demasiado para percibir en el comportamiento pretendidamente ortodoxo de muchos (sobre todo en momentos de violencia social o política) esa veta del Olimpo con su Zeus tonante y vengativo frente a los hombres.

No interesa conservar del pasado, como cosa viva formando parte de nuestra carne, una religiosidad enraizada en aquel Olimpo, reflejo de las pequeñas cortes de los reyes micénicos, o de unos dioses que no eran mejores que los hombres, sino más bien de peor condición, puesto que añadían a ésta la ventaja de su eternidad.

Es aún largo el camino por recorrer, si queremos liberarnos del influjo sacralizante de un mundo ancestral mitológico, del lastre telúrico que pesa en lo religioso y lo aleja de una verdadera transcendencia, a la vez que conservar los grandes valores que la cultura greco-romana nos ha traído consigo, y de que vivimos, mal que les pese a los reticentes ante lo clásico.